

# El Encino

*Por: Emmanuel Iván Montiel Paredes (México, 2003)*

La adrenalina pura, de correr, huir y no mirar atrás; la sensación de dejar a tu tierra, a tu familia y a tu casa, es el sentimiento más doloroso e inexplicable que no se compara, ni siquiera con la muerte misma.

Hace dieciséis años nunca me imaginé estar ahora corriendo río abajo, con mi única mochila, tratando de alcanzar a mi hermano. Yo yacía en el cuarto donde dormíamos todos, como hijo menor, me tocaba dormir al otro lado de la ventana y con la cobija más grande; para que no me enfermara, pues el doctor no estaba en el pueblo y no habría quien me curara si me llegaba a dar una gripe. Al amanecer sentí como mi padre se levantaba de mi lado, retirando ligeramente la cobija del hombro derecho; con él, Rodrigo y Roberto. Yo me quedé dormido hasta que Carlos me llamó para que le ayudara a sacar los borregos, vacas, mulas y toros del corral; y claro para que mi mamá por fin pudiera empezar a barrer uno de los dos cuartos que poseía la casa, unos años después, finalmente ese cuarto se terminó por derrumbar cuando papá ya no tenía espacio donde guardar los granos que cosechábamos, y construyó, junto su compadre de San José, un techo de lámina y sólo por eso, se reunían a celebrar cada 2 de mayo su creación arquitectónica decorando una pequeña cruz que tuve que hacer yo con dos pedazos de madera que sobraron. Sacamos los animales, a mí me tocaba abrirles a los borregos y hablarles a los perros. Me vestía como había dormido; mis sandalias, y

sombrero. Tomamos la vereda que conectaba la casa con la calle más cercana, y ahí íbamos al río y bajábamos. Yo iba atrás con los perros cuidando que ningún animal se desviara y mi hermano al frente decidiendo que camino nos tocaría vivir ese día. Simultáneamente hoy corro en ese camino, viendo el agua pasar, las pisadas secas que el trópico ha fotografiado, y deseando con todo mi corazón volver a los días junto a mi hermano, cuando mi mayor preocupación era no quedarme atrás.

Después de un tiempo, el sol da permiso para colorear el camino donde voy. El sueño traiciona mi andar, hasta que un tronco tirado me tira. Alcanzo a pararme a descansar y ver si me he lastimado, cuando volteo, veo la hectárea que le decíamos El encino. Cuando cumplí mis diez años, sólo logró mi mamá comprarme un pantalón nuevo que estrenaría un día de esos, porque se gastó mucho en él, y porque el resto del dinero que se había ahorrado se usó para adquirir El Encino; se llamaba así porque en el fondo había un gran encino, que nos cubría del sol cuando a mediodía, después de trabajar la tierra, nos sentábamos a descansar y comer la merienda que mamá nos preparaba. La compra de ese terreno era una esperanza para la familia, significaría doblar nuestras ganancias, poder comprar más herramientas, terminar de hacer nuestra casa, comprar más abono, y tal vez, para nosotros los hijos, tener ropa o una mochila nueva; pues las bolsas que servían para transportar nuestros libros de la escuela se rompían muy fácil, para ello, nuestro padre nos habló que significaría poner más energía y sacrificio al trabajo, repartirnos las tareas, despertar más temprano para ir a la tierra, y por la tarde, inmediatamente después de salir de la primaria ir con los animales al monte a que pastaran. Fue entonces, cuando don Emiliano Justo apareció, el día en el que fuimos a

emparejar el terreno para empezar a sembrar, llegó en una camioneta, con sus dos compadres; él era un hombre muy gordo, con una mirada maligna, siempre vestía con sus botas y un sombrero como los que vestía mi papá cuando era joven, tendría cerca de 50 años pero sus acompañantes habrían de tener casi treinta. Llegaron riendo, papá nos dijo que esperáramos abajo del encino, hablaron por diez minutos, regresó, y pidió hablar conmigo a solas. -Sí pa', no hay problema, ya será otro año... sí, lo tengo guardado en el cajón, aún no me lo pruebo... sí, doña Josefina vende ropa, ella seguro te lo compra.

Cuando vi el letrero que dividía nuestra comunidad el pueblo de Santa Mónica, fue como volver a vivir, sabía que mi hermano estaría cerca, que mi libertad estaría asegurada a la mitad, porque con mi hermano sabía que todo estaría bien. Roberto, siempre me cuidó, desde pequeño, y sé que lo hará ahora. Cuando íbamos diario a El Encino, siempre me decía Roberto que nunca me fuera caminando, me subía al pequeño burro que nos ayudaba a llevar las herramientas y cosechas; cuando era tiempo de cosecha, él, se llevaba en la espalda un costal cuando este debía ir en el burro, para que yo pudiera ir sentado en él. Cuando entré a la secundaria, pude ir a la secundaria de Caldera, la capital del estado, del otro lado del río, para que un niño como yo fuera a esa escuela debía tomar el camión de las 5 de la mañana, y regresar a las 7 de la noche, a hacer mis tareas, cenar y ayudar lo poco que quedaba en mi casa. Solo yo, y los hijos de Don Emiliano podíamos pagar la escuela y el transporte, Roberto le dijo a mi padre que me dejara estudiar, que no se preocupara, que él se haría cargo, que con los trabajadores sería fácil ya trabajar el pequeño rancho que compramos con las ganancias de El Encino. En tercero de secundaria, el día del examen final de año, me levanté muy

temprano, iba muy confiado, en la noche me quede estudiando hasta quedar dormido, Roberto y mi mamá me ayudaron a estudiar. Me puse mi uniforme que lavé y lo arreglé con la plancha que mi papá le trajo a mi mamá de la capital, me peiné y mis padres me desearon mucha suerte y me prometieron que con el dinero que sobrara del pago de impuestos que debían a Don Emiliano me comprarían una mochila. Más entusiasmado fui a la parada del camión, ahí estaban los hijos del hombre que había estado ahorcando a mi familia para no poder obtener un dinero más, quién más sino que los herederos de Don Emiliano. Curiosamente no llevaban sus libros, a pesar de que eran los finales, los tres se acercaron a mí, sacaron una navaja, y me tiraron los libros, se burlaban de mí, y me amenazaron con el filo de la navaja: -Tú y tu familia se burlan de nuestro padre, es hora de que lo empiecen a respetar. Cuando el brillo de la navaja iba a atravesarme, llego Roberto, cerré los ojos fuertemente hasta que una mano toco mi hombro y me abrazó. -Olvidaste tu desayuno- dijo mi hermano con una herida en el hombro, mientras sus agresores iban corriendo, probablemente huyendo su casa. Cuando llegó el camión Roberto se esperó hasta que este se fuera. Ese día cenamos frijoles y carne, antes solo eran frijoles, platicamos de la escuela, de lo bien que me había ido; excepto en artes, nunca fui bueno con la coordinación, y claro de la mochila que me iban a comprar. Mi mamá se paró a cortar más hierbas para el té de mi hermano, ya sus heridas de la mañana estaban sanando.

En medio de la multitud de Santa Mónica, alzaba la mirada, intentando ver si alcanzaba a mi hermano, no sé si era mi prisa, mis nervios o sencillamente mi miedo que me hacía ver una inundación de personas a mi alrededor. Sólo una vez vi tal cantidad de

gente acaparando mi mirada: en mi examen de entrada a la universidad. La fila, para poder tener la oportunidad de presentar un examen a la universidad más importante de la región, parecía interminable, venían de todos los lados, hombres, mujeres, ricos, pobres, jóvenes e incluso una que otra persona mayor. Mi papá me llevó en el auto que compramos un mes atrás gracias a las primeras ganancias que los negocios de mi papá, pudimos comprarnos uno más moderno, pero se decidió por invertir en más negocios, más trabajadores, y obvio, pagar para que no nos cerraran las tiendas y arruinaran la cosecha los hombres de Don Emiliano. Mi papá gracias a las buenas cosechas, varios compradores de otros lugares lo empezaron a buscar para cerrar un negocio, entre ellos, venía el señor Rolando, un político de setenta años, muy importante del partido de oposición. Mi padre nos contaba, que era un hombre con gran ética, que gracias a él, los campesinos podían usar el agua de la región sin pagar un solo impuesto, sin embargo, hace unos años, al tratar de postularse como presidente municipal de San Mateo, y al tener el voto de la mayoría de la población, tuvo un atentado mientras comía con su familia, es por eso que siempre caminaba con un bastón, pues una bala quedó incrustada en su rodilla, lamentablemente la otra bala fue al pecho de su esposa, desde ese día, don Rolando ya no se dedicaba a la política. Fue entonces cuando mi padre, con una convicción de libertad y justicia, fundó el partido de izquierda en el pueblo, con un anhelo de llegar a ser presidente del municipio para hacer un cambio importante entre los pobladores. Llegamos retrasados casi 20 minutos a la hora acordada por la universidad, pues mi papá unas horas antes tenía que ir a la presidencia municipal, al parecer una demanda en su contra se había levantado por un hombre llamado Alejandro Cortés, un

trabajador y colega de don Emiliano, lo retrasaron tanto en la notaría, que salimos media hora tarde de lo previsto de la casa. En la universidad vimos a mis agresores de la secundaria junto a su padre, ellos estaban liderando la fila, mientras mi papá y yo tuvimos que emprender nuestra caminata hacía el final de esta misma. Fue cuando una trabajadora me pidió le enseñara mi tira de calificaciones: 9,7. Me tomó del brazo y me llevó hasta al frente: "Se van ir formando por promedios, del mayor al menor". Esto no les gustó al señor Emiliano y a sus hijos que se fueron hasta el lugar más lejano de la entrada. Al salir de la entrevista y con un futuro seguro en mi educación, fuimos con dirección al auto, ahí mi padre me esperaba con una sonrisa tan grande como su orgullo por mí. Tan pronto me acerqué a darle un abrazo, una ráfaga de proyectiles provenientes de un auto en movimiento cayeron sobre nosotros, mi papá me empujó y se lanzó frente a mí, una bala que iría directo a mi corazón fue frenada por el cuerpo de mi padre, que inmediatamente cayó al suelo. Ese día, vi a mi padre morir en mis brazos, sostenía su mano, en sus ojos, que exhalaban tanta inocencia pude ver un sentimiento de amor y despedida. Cada día una lágrima recorre mis pensamientos, en busca de consuelo, en memoria de ese hombre tan maravilloso que fue mi padre.

El abrazo de mi hermano Roberto al encontrarme fue el más largo que haya recibido en mi vida, lo acompañé a buscar a su amiga Carolina, una transportista de ganado, que llevaba todo un camión lleno de vacas, desde Santa Mónica hasta el norte del país. Nos saludó muy afectuosamente. -Salimos en una hora, mientras siéntense, saldremos lo más rápido que podamos... y pensar q a esta hora estarías aun celebrando tu victoria Roberto. Decidí estudiar Ciencia políticas, para honrar el ultimo sueño que mi

padre tuvo, a la mitad de la carrera, las elecciones llegaron, la decisión por excelencia del partido en el poder era la reelección del hombre que había arruinado a mi familia desde hace años, Emiliano Justo. Después de la muerte del jefe de la familia, la desgracia cayó cada vez más sobre nosotros, todo parecía ser orquestado por un mismo hombre. Los problemas aparecieron, nuevos impuestos, una inexplicable plaga en la cosecha, una deuda en el banco por un préstamo que nunca pedimos, una batalla jurídica por los terrenos de la familia y hasta por nuestra misma casa. En ese punto, lo que nos quedaba era la única propiedad donde había crecido mi infancia entera, ya ni siquiera el terreno trasero de la casa era nuestro. Roberto con gran ingenio logró contactar a Rolando, y durante varias reuniones privadas, lograron consolidar el partido que mi padre inició, el único percance era que no había alguien para postular, con miedo pero con gran valentía mi hermano se ofreció. La casa se volvió el centro de operaciones, como Roberto no podía controlar todo, yo tuve que ser su mano derecha por mis estudios en la materia. Durante un mes nos enfocamos en convencer, proponer y ganar, parecía que lo estábamos haciendo, cada hogar que conocíamos nos prometían su voto, parecía ser una victoria segura para nosotros, y una derrota para el señor que arruinó mi familia. El sueño de mi padre parecía volverse realidad, el día de elecciones se acercaban, si todo iba de acuerdo a nuestra estimación; una victoria contundente de más del 70%, en una semana mi hermano sería el nuevo presidente del pueblo. Esto nunca le pareció al señor Emiliano, que una vez más no le hacía honra a su apellido. Las elecciones serían el 17 de junio, pero lo peor que nos pudo pasar sucedió en la noche del 11. Una llamada telefónica llegó a la casa, mi madre contestó, inmediatamente sus ojos se llenaron de

lágrimas, algo había pasado, entredientes, mi mamá nos dijo que Rolando estaba desaparecido, su hija dijo ver como una camioneta se lo llevó. Cuando mi hermano se alistaba para salir e intentar hasta lo imposible para encontrar nuestro amigo, una nueva llamada llegó: - Bájate de la contienda Roberto, no quieras jugar a ser político, o terminarás como tu socio Rolando. Un gran silencio invadió la casa.

Ir debajo de una tabla, oliendo peor que los animales que van arriba de nosotros, es una forma horrible de salir huyendo de tu casa, de tu hogar, de tu país. Es la única vez en que he visto una lágrima de dolor recorrer la cara de mi hermano, él había luchado hasta final, y sé que lo seguirá haciendo, como lo hizo esa noche. Roberto colgó el teléfono, todos en la casa habíamos escuchado la amenaza. Mi mamá corrió a abrazarnos, y nos suplicó dejar la candidatura, en sus palabras de amor, notaba la preocupación y el miedo de que nos pasara algo, finalmente ya sabíamos de lo que don Emiliano era capaz. Aun así, Roberto sabía que seguiría luchando, y trataría de salvar a Rolando, tomó su chamarra, y se fue directo a la puerta, le dio a mi madre un beso, y salió, casi de inmediato, Roberto gritó, cerró la casa, tomó a mi madre, y se tiró al suelo, nos gritó a todos los demás que hiciéramos lo mismo, pues cientos de disparos cayeron sobre nosotros, atravesaron las paredes, acabando con todo a su paso, hasta que el tiroteo cesó. Mi hermano rápidamente se despidió de su familia, y nos dijo con gran dolor que se iría a Santa Mónica, que había que huir, que yo igual tomara mis cosas y me fuera corriendo al pueblo en la madrugada. Dejó dinero a mi mamá, y con gran dolor se separó de ella. A las 3 de la madrugada sería mi turno, puse mis cosas en mi mochila, una botella de agua, comida, algo de dinero que había ahorrado, un pantalón, tres camisas, una



gorra, un lápiz de dibujo, mi libreta de Historia universal, el libro que Roberto me regaló; Guerra y paz, y finalmente la bendición de mi madre, de mis otros hermanos y el recuerdo de mi padre.

Huir es lo que ningún humano debería pasar, por qué alguien debe dejar su hogar, por qué alguien no puede ser libre, por qué uno es obligado a esto. Roberto y yo, huimos ahora, esperando encontrar un hogar más allá de lo que conocemos, somos desplazados por la violencia, por una violencia política, una violencia de ambición y maldad. Esto no debería pasar, el mundo se merece algo mejor, se merece justicia y libertad. Solo nos queda trabajar por ello, por hacer del planeta un hogar para todos.